

de censurar en partes esta prohibida, nosotros la celebramos, y admitimos en esta vez al Sr. Linares, sintiendo muy profundamente de hecho dando los lugares a los señores que deprecian en las filas del gobierno y victoriosos

VII

No es un solo decreto bueno el que presija a una administracion. En libro malo, con tal que diga mucho, contiene las mas cosas buenas. Los buenos tan buenos como las injurias otras filosoficas de autores de mas renombre en el mundo de las letras. Asi pues, en buena medida, no fue suficiente para buscar proselitos y hacer que la opinion se conformara con las otras disposiciones emanadas de los mismos poderes.

Los obreros que reinaban continuaban siendo blancos de justicia, pues que la prensa dirigia en luminosas criticas, leidas con avidos por el publico que veia con gusto se aproximaba la vez que pasaran con pero las cadenas de la dictadura.

La primera insurreccion mocha, pero se dejaba ver la revolucion inminente en los Estados del interior y la frontera. La oposicion activa la la lucha; el espectáculo no tendria que aguardar.

Como sintomas de guerra, podemos citar la division del general Diaz, cuando su retiro a la vida privada en alguna aprobacion de los acordes del gobierno. Los rebeldes de Yucatan notificaron a la federacion que se comprometian al fin de la segunda independencia. Ya se sabia que ahora se presentaba el general Diaz hacia union, paz y garantías individuales.

La renuncia del Sr. Linares a la patria vino a decir al gobierno la irremisible caída del ministro.

EPILOGO DEL LIBRO PRIMERO.

HEMOS considerado como una introduccion el libro primero de nuestra obra, para lo que nos ha sido suficiente un rápido bosquejo del interinato y ascenso constitucional del presidente que llegó a la capital de la República en los dias del triunfo nacional.

La primera rebelion que se inició en Sinaloa, Guerrero y Yucatan, fracasó por varios motivos. Primero, por la falta de los jefes comprometidos que en otra vez tomaron parte en el mismo programa reformado, al volverse á iniciar con mejores elementos la revolucion, como se verá en el Libro II.

*
* * *

La insurreccion de Sinaloa fué prematura y fruto de las pasiones de algunos cuya incapacidad notoria no les diera lugar en las filas del juarismo. Esa insurreccion estéril del todo restringió la marcha de un triunfo total que se acariciaba en lontananza. Por otra parte los medios empleados para adquirir opinion pública fueron los mas desastrosos y salvajes, pues la desolacion y el incendio, el pillaje y la violacion se

cometieron con grandes excesos tanto por el gobierno como por los bandidos que se ampararon bajo la bandera que casi sin motivo se levantó en aquella region de Occidente.

Pronto se dejó ver su mal éxito profetizado ya por el buen juicio aun de la misma oposicion que preferia ver al Sr. Juarez en el poder con sus aberraciones, con sus contratos ruinosos; que á la revolucion sin caudillos honrados y capaces, sin base y con poquísimos elementos y aislados.

Otro de los motivos porque afortunadamente no se logró el triunfo de esa rebelion, fué la anarquía entre los autores del motin, divisiones que supo aprovechar el Sr. Presidente de la República, devolviendo, aunque por pocos meses, la paz á los habitantes.

No se nos debe olvidar la desmedida ambicion de los autores de ese *parto de los montes*, que solo vino á prevenir al gobierno y ponerle alerta; cuando que para tirar á una administracion es necesario darle toda la confianza para que un golpe decisivo evite el derramamiento de sangre que acarrea una lucha prolongada.

Los decepcionados que protestaron en un pésimo manifiesto, sin mas proclama que ¡Abajo el Ministerio porque no nos da un empleo! con la única reputacion de haber desolado los campos y abastecido sus cajas propias en las ciudades durante la guerra del Imperio, sin mas programa que una colocacion para los consabidos motinistas, sin otra mira que llamar la atencion del público y preparándose á defeccionar cada uno de los jefes cuando el gobierno les mandara dinero para saciar su lujo revolucionaria.

Para garantir á los adeptos, que alojaban con desinteresada hospitalidad á los jefes en sus casas, de la violencia en sus familias por los bandidos que pululaban, los jefes anticipaban la tarea de sus subordinados.

En muchos hogares pagaban los caudillos el pan que les dieran con la gratitud de una violacion, con el agradecimiento de una infamia ó de una felonía.

Hasta la capital de la República se oían los lamentos tristísimos de los ancianos que, despues de haber sido robados y destinados á la miseria mas horrible, tenian que llorar el estupro de que eran víctimas sus hijas.

La inmoralidad era el estandarte enarbolado por los ambiciosos que pedian la cabeza del Sr. Juarez y su ministerio; que hidrófobos en sus sueños de avaricia y lujuria se veian en México siendo los autores de cateos.

El robo y el pillaje eran entronizados en los lugares ocupados por aquellos espúreos constitucionalistas, y si el éxito hubiera colmado sus esfuerzos, habriamos visto compuesto el séquito revolucionario, de los presidarios condenados á pasar su vida en las cárceles, de los foragidos que no tienen mas límite en su carrera de crímenes que el miedo á la horca, de los cobardes que á la sombra de una asonada, sacian sus tenebrosas venganzas.

Esa y no otra fué la revolucion que conmovió al país. Somos impar-

ciales, y en nuestro libro solo hemos de justificar los actos que encierren principios salvadores.

El gobierno del Sr. Juarez motivó esa insurreccion. Sus pasos sembraron el descontento y cosechó una guerra injustificada que varios pueblos tuvieron que lamentar.

Afortunadamente el Dios que vela por el porvenir de las naciones no abandonó á la infelice México, y la rebelion de 1868 fué sofocada para seguridad de las sociedades quienes temian aquel amago mas que el anuncio de una peste.

Afortunadamente nuestras seguridades públicas no llegaron á extrañarse totalmente, sino que continuaban luchando con la política de aquel ministerio; afortunadamente no naufragaron nuestras libertades almacenadas en la fragata de esa impopular revolucion cuyo timon tenia que ser llevado por manos demasiado súcias. Los piratas de 68 no llegaron á sorprender la fé popular porque ni talento tenian para disfrazar sus ambiciones, sino que como los alabarderos de Catalina de Médicis publicaban sus atentados.

El cinismo mas procaz era la avanzada de los insurrectos que hacian aterrorizar hasta los desiertos; los que sabedores de sus delitos y crímenes resuenan siempre como dice Tácito, con el ruido de aquellas trompetas que el parricida Neron creia oír al rededor del sepulcro de su madre.

Los ahullidos salvajes de aquellos pregoneros del exterminio y el incendio iban á perderse hasta el corazon de la sierra conmoviéndola y hacian eco hasta nuestra capital pidiendo con la estentórea voz de la fuerza bruta un bautismo de sangre sobre la República.

Estos fueron los *héroes* (?) que se creian mas dignos de la epopeya que los Aquiles, los Ulises y los Eneas, pero que carecian de Homeros, de Tíndaros, Horacios y Virgилios.

Estos fueron los hombres que desperdiciaron la sangre mexicana, que pagaron un suntuoso tributo al salvajismo y á la ignorancia, que á imitacion de Omars y Caracalla pusieron delante de las hogueras los títulos de la Soberanía popular.

El recuerdo de esta revolucion deberia ser sepultado en el olvido, y si ha dejado alguna memoria es la que sirve para la estadística criminal de los pueblos.

Los ciudadanos ilustrados y laboriosos se escondian y se retiraban, los malvados y engañosos se mostraban insolentes y prosperaban: el interes y las pasiones mas desordenadas todo lo pretendian dirigir y decidir.

¿Cuál hubiera sido el porvenir de México si aquel aborto revolucionario hubiera llegado á imperar siquiera por cien horas?.....

Afortunadamente podemos felicitar á nuestra patria tomando las palabras que Víctor Hugo dijo ante el sepulcro de Luisa Julien: *Te felicitamos por haber muerto*; sí, dichosa México que no aceptó aquella rebelion y que la vió morir, salvándose del cángro que debía haber inoculado quien sabe á cuántas generaciones..... feliz mil veces la nacion que rechaza á los bandoleros con la profunda indignacion que merecen los audaces tontos y los malhechores salvajes!

*
* *

Una revolucion social eminentemente progresiva, deberia haber tenido eco en algunos Estados despues de haber aniquilado con sus instituciones muchos elementos de la sociedad indiferente, procurando calmar la agitacion que en su seno se levantaba entre las mismas potencias que con el mayor descaro se disputan la supremacia del mando y los laureles teñidos con sangre de nuestros conciudadanos.

Las nuevas ideas que con sus mártires predicando las doctrinas que cierran la pureza de sus pretensiones y la rigidez en la disciplina de los soldados que las defienden han fracasado, nos prueban que la redencion de los pueblos rara vez se lleva á cabo, ya por una imprevista medida, ya porque el nombre del iniciador no tiene el suficiente prestigio.

¿Qué política podian haber establecido aquellos hombres que empezaban por no garantizar los intereses y seguridades públicas de las poblaciones por donde merodeaban?.....

¿Acaso un principio revolucionario solo debe basarse para su triunfo en el número de escuadrones y batallones que levanta en armas para imponer con el solo derecho de las bayonetas su sistema de gobierno y su modo de ser!.....

¿Qué hombres de estado cooperaban para el derrumbamiento del Sr. Juarez y su ministerio, y qué figuras respetadas sostenian en la prensa las injustificadas medidas de aquellos revolucionarios?.....

Aun los periódicos oposicionistas vacilaban para prestarles su apoyo, y de enérgicos y rudos que eran sus ataques dirigidos á aquel Ejecutivo antes del grito de rebelion, en aquellos dias se convirtieron en débiles y tímidos.

Preciso es convenir que la insurreccion de 1868 abundaba en hombres incapaces para saber encarrilar la marcha de una Administracion.

No solo el gran mérito de una revolucion consiste en saber triunfar en los campos de batalla, sino protestar á los pueblos, á las ciudades que les han prestado su apoyo, las ventajas positivas que se han ganado con el éxito de los principios que se proclamaron con el derecho de la guerra.

Vulneradas, heridas las primicias de la verdadera libertad por la mayoría de aquellos jefes revolucionarios, pocos ó ningunos de los elementos populares iban á sus manos y antes bien con justicia probada les eran hostiles.

Ante el fallo de los pueblos no quedan impunes jamas los ambiciosos torpes y vulgares: y así como en el mar se pierden los rios y en los bailes de crápula la mugeres, así en la historia de los pueblos se extravian los sacrificios de los ciudadanos que engañados por su patriotis-

mo y abnegacion cooperan para el mal de las naciones haciéndose cómplices—sin comprenderlo tal vez—de la ruina de ellas.

*
* *

Entre los revolucionarios de 1868 habia hombres que siempre han disfrutado un lugar de aprecio en nuestra sociedad: su independencia los ha hecho acreedores á cierto género de consideraciones, pero desgraciadamente muy pocos eran estos.

Los generales A. Martinez, Granados, el licenciado Paz por ejemplo, y otros amigos de ellos, fueron los que con su presencia dieron cierto valimiento al atentado de que la patria iba á ser la víctima.

*
* *

¿Y á ese motin revolucionario puede llamarse movimiento político efectuado por el pueblo?

¿Y á la actitud que tomó la sociedad ultrajada, puede llamársele fría é ingrata?

Sellemos con el candado de la vergüenza esa página de la historia, cuyo solo recuerdo nos hace temblar; y terminemos nuestro epílogo con aquellas palabras de Fedro:

Et hic declarat quales sitis iudices.